

Retiro en la ciudad Semana Santa 2020

www.cristianismeijusticia.net



SEMANA SANTA 2020

9 al 12 de abril

Comenzamos el triduo pascual y con él estas introducciones para cada día de Semana santa. Las introducciones las han preparado los jesuitas de la comunidad de la Cova de Sant Ignasi (Manresa). Proponen algunas pautas para vivir en tono orante estos días en que recordamos las horas más intensas de la vida de Jesucristo y, por esta razón también, las horas más trascendentes de nuestro caminar como creyentes y como Iglesia. En la página web www.semanasantaencasa.es, en Instagram @serjesuita o en Youtube JesuitasESP podrás seguir en directo o en diferido otras propuesta para esta #SemanaSantaEnCasa.

9 de abril

JUEVES SANTO

PLENITUD DE AMOR Y DE VIDA

David Guindulain, sj.

Hoy, Jueves Santo, podemos proponernos vivir estas horas, hasta la celebración de esta noche, como si estuviéramos preparando una cena importante, una cena que esperamos desde hace tiempo. De modo que, ahora mismo, empieza una cuenta atrás donde cada minuto cuenta y donde todo lo que hagas, digas o prepares irá dirigido a disponerte mejor para la Santa Cena. Que tus lecturas, tu “navegar” por las redes, tus conversaciones, lo que comes y, en especial, tu oración personal..., que todo tenga ese punto de tensión positiva que llamamos *atención*, que nos hace estar atentos para dar lo mejor de nosotros mismos en el seguimiento de Jesucristo.

Siguiendo las pautas de san Ignacio, quien tanta importancia da al «a dónde voy y a qué», haz que el horizonte de este Jueves Santo sea lo que nos propone la oración de la Eucaristía de hoy: **«Que obtengamos la plenitud del amor y de la vida»**.

- Sí, el amor y la vida puestos en paralelo, como diciéndonos que la vida plena no se cuenta en días o en años, sino en instantes de amor.
- Desea, pues, en tu corazón inclinarte hacia la plenitud de amor y de vida que Dios desea darte: ¿Se puede pedir más? ¿No es este el deseo más profundo de todo ser humano?
- Haz que este deseo no se exprese solamente como un pensamiento; que no sea solamente un ejercicio mental; exprésalo con tu sensibilidad, de modo que todo tu ser rezume hoy este deseo.
- Estos días de la COVID-19, hemos visto cuestionada esta plenitud de amor y de vida en tantas historias y relatos que cada uno puede aportar. Gente viviendo sola, gente muriendo sola. No dejes estos relatos fuera de tu oración y pide para ti y para todos que obtengamos la plenitud del amor y de la vida.

Siguiendo las lecturas que escucharemos en la celebración de hoy, te propongo dos puertas de entrada para acceder al espacio sagrado:

- La primera se inspira en la última fiesta de la Pascua que el pueblo de Israel celebró aún en Egipto.
- La segunda nos introduce de lleno en el relato del Lavatorio de pies y cómo Jesús lo vivió con sus amigos.

1. Levantaré la copa y llenaré mis promesas¹

La cena de la eucaristía que celebramos hoy se inspira en aquella cena previa a la salida de Egipto del pueblo de Israel, la salida de su esclavitud que coincide con el día de Pascua: la fiesta anual en que los pastores agradecen la protección de Dios sobre sus rebaños.

Aquel día será —a partir de este momento para los judíos— el día de la manifestación de la gloria de Dios en favor de su gente, de su pueblo. Dios actúa matando a los primogénitos de Egipto, tanto de las personas como de los animales. Así, Dios abrirá paso a la comunidad de israelitas que él tanto quiere.

Los primogénitos de Egipto representan todo aquello que quiere mandar sobre mí y que me aparta de Dios:

1. Cfr. Sl 115.

- El primogénito de la codicia, que quiere acaparar más y más.
- El primogénito de la vanidad, que me pone por encima de los otros.
- Finalmente, el primogénito de la soberbia, que desearía que todo pasase por sus manos y yo tuviese el control.

Estos tres primogénitos han de morir para que finalmente nos sintamos hermanos de un mismo Padre que cuida a sus hijos.

Cuando unos siglos más tarde, en Jerusalén, Jesús y sus discípulos quieran celebrar la Pascua, el Maestro les tenía preparado un detalle que no esperaban. Al coger el pan y el vino diciendo «este es mi cuerpo y esta es mi sangre para vosotros», Jesús se ofrece a ser alimento de la cena que dará fuerzas para emprender el camino de liberación personal y colectiva. Él se ofrece completamente, sin miedo a perder nada porque en Dios se siente vencedor y resucitado.

Hoy, él volverá a convertirse en el alimento de la fiesta, la ofrenda para nosotros. El pan es su cuerpo; el vino, su sangre. Como una buena madre, él nos prepara el alimento para que emprendamos el camino de la libertad. ¡Esta noche, la libertad!

Con este trasfondo, nos identificamos con el salmo 115 que será proclamado esta noche: «Levantaré el cáliz para celebrar la salvación. Por esta razón, cumpliré mis promesas».

A la luz de la lectura del Éxodo²:

- En primer lugar, puedes pedir sentir el gozo de la libertad que Dios quiere para mí; que con cada aliento me llene de esperanza de libertad, de huir de aquello que no me deja ser, tanto personal como colectivamente. En una situación en la que nuestra movilidad se ve reducida a causa del confinamiento, esta aspiración puede adquirir una nueva dimensión. Si es posible, hacer este rato de oración a cielo abierto quizás te ayude.
- En segundo lugar, puedes enumerar cuáles son las promesas que quieres cumplir ante tus hermanos, ante Dios, entendiendo estas promesas como detalles de fraternidad que constituirán mi vida.

2. Ex 12,1-18.11-14

2. Lavatorio de pies³

Si tuviéramos que poner una banda sonora al Lavatorio de pies, habría que acompañar los primeros versículos con un *crescendo* o quizás con un redoble de tambores que crease una expectativa propia de las grandes ocasiones. Era el día, era la hora, era Él y eran los suyos. Se da una máxima conciencia y también una máxima presencia de Jesús en aquella cena de despedida con sus amigos.

De repente, la música se abriría como una partida de naipes porque Jesús realiza un gesto que no se entiende. El maestro lava los pies de sus discípulos, uno por uno, como lo hacían los sirvientes de aquel tiempo. Nos tranquiliza el hecho de que el propio Jesús diga que es normal que ahora no lo entendamos y que más adelante ya lo entenderemos.

- Me pregunto si ya ha llegado ese «más adelante» u hoy todavía me toca pedir entenderlo un poco mejor. Porque mi vida no tiene suficiente servicio amoroso hacia los otros, ni mucho menos hacia aquellos que sé que me la jugarían si pudiesen, como ahora Judas, a quien Jesús también lava los pies.

Todos los discípulos están atónitos e incrédulos, pero lo que casi todos tienen claro es que son de Jesús y, dado que son de Jesús, se dejan hacer. Habrá que esperar unas horas para entender que, en efecto, Dios llena de sentido la vida de Jesús, resucitándolo, haciéndolo Señor de todo lo creado. El caballo ganador es el amor ofrecido por amor a los otros. Esto es lo que Dios resucita.

El dinamismo del mundo, representado por los primogénitos de Egipto, queda aniquilado por la acción de Dios. La codicia, la vanidad y la soberbia son la única moneda en curso durante la Pasión, pero la última palabra la dirá Dios, y el Universo entero se arrodillará ante el nombre de Jesús. No hay otra que amarnos los unos a los otros, como lo hace el Señor, poniéndose también a los pies del hermano cuando convenga. Y esto es lo que hoy, Jueves Santo, día del amor fraterno, celebramos.

Dejándonos atraer por el relato del Evangelio de Juan, puedo considerar:

- Que el dinamismo que mueve todos los seres vivos del universo está más cerca del gesto de lavar los pies que de la codicia, la vanidad y la soberbia. ¿Dónde reconozco gestos parecidos al lavatorio de pies que realiza Jesús?

3. Jn 13,1-17.

- En estos duros momentos de sufrimiento para la humanidad, ¿qué significa para mí lavar los pies y dejárselos lavar? ¿Cómo acojo el mandamiento de Jesús que ahora es bienaventuranza?

Estamos a punto de revivir las horas más intensas de la vida de Cristo, su pasión. Así que dejémonos apasionar también yendo detrás de Él hasta donde podamos acompañarlo.

VIERNES SANTO

AHONDAR EN EL MISTERIO DEL DOLOR Y DEL AMOR

Carles Marcet, sj.

Primer punto

En el contexto en el que vivimos esta Semana Santa, afectada por esta pandemia que nos supera y desborda, y hace sentirnos hermanos y hermanas en «la comunión del sufrimiento», quizás la mejor manera de orar sería simplemente contemplar esta humanidad que sufre como el cuerpo de Cristo hoy, de nuevo martirizado y crucificado.

- Una manera concreta de hacerlo –a modo de viacrucis– sería seleccionar catorce rostros concretos de personas cercanas que conoces y que están sufriendo en su propia carne las consecuencias de la pandemia. Una vez seleccionados, intenta mirarlos, uno por uno, como Dios Padre los mira –tal como él miraba, con dolor y con amor– a su Hijo en la cruz. Y, al mirarlos detenidamente, bendícelos, desea para ellos el bien y la plenitud, incluso en esta situación dura que estamos viviendo.

- Otra manera podría ser hacer lo mismo, pero esta vez visitando –con la vista imaginativa y poniendo todos tus sentidos– aquellos lugares donde «ha llovido sobre mojado», donde la pandemia ha aumentado un dolor ya presente desde hace tiempo. Por tanto, puedes dar «un paseo contemplativo» por las prisiones, las residencias de ancianos, los Centros de Internamiento de Extranjeros, los hospitales, los lugares de albergue para los sin techo...

Segundo punto

En un segundo momento o segundo espacio de oración, podrías concentrar tu mirada y tu corazón en Jesús crucificado. Fíjate en que no se trata tanto de contemplar «la pasión de Jesús», sino a Jesús en la pasión. Quizás, la fidelidad silenciosa de Jesús, en estos momentos de máximo descenso a los infiernos que los seres humanos creamos, pueda ayudarnos a encontrar la manera más acertada de encarar estos infiernos que a veces también nos toca vivir y sufrir.

Mirando al crucificado, deberás hacer frente a tres misterios que aparecen en la cruz (en la de Jesús y en las nuestras):

a) Primer misterio: el misterio del sufrimiento

- Fíjate en que Jesús no resuelve este Misterio; simplemente lo afronta, y lo afronta solidarizándose con nuestro sufrimiento humano, sintiendo que es también el sufrimiento del Padre. No lo rehúye; lo afronta. Como dice el poeta hebreo Pijas Sadé: «Caminé, y en el camino encontré el dolor. Pero no hui de él, porque el sufrimiento es el núcleo del dolor de Dios en el mundo».
- También Jesús se encontró con el dolor y no huyó. De hecho, ya lo había dicho: «Yo soy el Buen Pastor, y el Buen Pastor no abandona a sus ovejas cuando se acerca el lobo, porque las ama. Así pues, Aquel que dio fuerza a los abatidos, ahora vivirá con ellos solidariamente el abatimiento; Aquel que acompañó tantas soledades, ahora vivirá con ellos solidariamente la soledad; Aquel que curó tantos enfermos, ahora vivirá con ellos solidariamente la experiencia del límite físico y psíquico».
- Puede ser que esta forma que vemos en Jesús de encarar el misterio del sufrimiento nos pueda ayudar o mover a mirar y a encarar de otra manera el sufrimiento que la vida comporta. Debemos reconocer que seguir a Jesús cuando las cosas van suficientemente bien resulta entusiasmador, pero cuando las fuerzas y el ánimo se tambalean, cuando ya no se habla bien de nosotros o cuando el fracaso y el sufrimiento se acercan y nos atrapan, con

frecuencia aparecen las quejas –¿por qué a mí?–, las lamentaciones –¿y ahora que voy a hacer?–, la búsqueda de «culpables»... Parece como si ya no fuese posible seguir a Jesús. Tal vez, la manera que tiene Jesús de afrontar el sufrimiento pueda ayudarnos para que lo que nos toque vivir a nosotros no nos rompa por dentro ni nos lance a la amargura.

- Pide al Señor el don de mantenerte sensible y solidario con tanto sufrimiento humano que nos rodea.

b) Segundo misterio: el misterio de la ausencia de Dios

- Fíjate en que Jesús vive solidariamente este sufrimiento ante un misterio aún más grande como es el silencio de Dios Padre que parece ausente. Ante este sentimiento de abandono que se produce cuando más impotente y débil se encuentra, cuando más necesita de una Presencia, se ponen a prueba su amor fiel, su fe inquebrantable y su esperanza abierta.
- Si somos sinceros, esto también nos ha pasado o puede pasarnos a nosotros. Por esta razón, vale la pena mirar qué hace Jesús, cómo vive este misterio. Fíjate en que sin esconder la perplejidad y el desconcierto –«Padre, ¿por qué me has abandonado?»– es capaz de abrirse con radicalidad creyente al Padre, y radicalmente hacer lo que siempre ha hecho: «Entrego mi vida y la pongo en tus manos».
- Quizás esto pueda ayudarnos a vislumbrar que allá donde Dios parece callar es donde más puede estar revelándose. Lo que pasa es que quien se revela no es el dios que nos hemos ido construyendo a nuestra medida –y que, ingenuamente, creemos que tiene el poder de sacarnos las castañas del fuego–, sino aquel Dios siempre más grande –que vive más allá de nuestros intereses, pensamientos, esquemas y afectos–, pero que se acerca a nosotros en forma minúscula y totalmente herida de amor. El Dios Padre que aquí se nos revela no es el «Dios Omnipotente», es del «Dios expuesto y amenazado de muerte por la locura de su amor por nosotros». Tiene razón quien decía que en la cruz no debemos ver «el precio que ha de pagar Jesús por nuestros pecados, sino el precio que paga Dios por haberse enamorado con locura de nosotros».

c) Tercer misterio: el misterio del amor extremo

- En la cruz, Jesús nos pone ante otro gran misterio: **¿Cómo puede ser que una persona llegue a amarnos hasta tal extremo? Es el misterio del amor extremo.** En su sufrimiento solidario, vivido ante el Padre que parece ausen-

te, Jesús se lo juega todo: lo da todo, lo entrega todo a cambio de nada, sin ninguna seguridad. Jesús ama tanto la vida verdadera que, para defenderla, se hace no vida».

Ante tanto gran misterio:

- Lo primero que podrías hacer, al pie de la cruz, es maravillarte ante este misterio de amor y desear sentirte transido por Él. Pídelo porque es un don.
- En segundo lugar, podrías suavemente preguntarte: ¿Qué puedo hacer yo –e incluso sufrir yo– por amor a Cristo? ¿Qué sufrimientos y qué crucificados me están invitando hoy a dejar que el misterio de amor se manifieste a través de mí?
- En tercer lugar, podrías pedir la gracia de disponerte a «vivir los sufrimientos que lleva una vida como Cristo»; es decir, una vida en comunión con el Padre por los otros. Así vividos, poco a poco, estos sufrimientos, en lugar de destruirnos, pueden ir reconstruyéndonos por dentro, porque cuando el dolor es participación del dolor/amor de Dios al mundo y en el mundo –como Jesús–, esto acaba transfigurándonos. Y, al revés: cuando el límite (del dolor, del sufrimiento, de la cruz...) lo vivimos lejos del Ilimitado, un aire frío que congela la vida nos penetra por todos los rincones de nuestro ser.
- Para rezar estos misterios, si ayuda, puedes hacer una lectura serena y meditativa del Salmo 23 y de Juan 10,7-19: el Buen Pastor.
- O simplemente puedes ir acompañando a Jesús en la pasión con alguno de los relatos del Evangelio. En este caso, lo mejor es no hablar demasiado, sino más bien callar, escuchar y dejar que «el silencio de Jesús sea el que hable».

Tercer punto

Si hoy tienes otro rato de oración, quizás te ayudaría hacer una pequeña repetición ignaciana.

- El lugar: al pie de la cruz.
- La petición: «Sentir internamente dolor y confusión por el dolor y la confusión que Jesús padece, y por el dolor y la confusión que hoy todos padecemos, especialmente los crucificados de nuestro mundo».

- Aquello que voy buscando: el aprendizaje vital de «con-morir con Cristo», lo que se revela como la forma más intensa de «con-vivir de una manera evangélica entre, con y por los otros con quien convivo el día a día.

Teniendo como telón de fondo los tres misterios antes citados y la realidad del coronavirus que hoy nos afecta como humanidad, puedes dejar que resuene por dentro alguna de estas consideraciones.

- Que la calidad humana –personal y colectiva– se mide por la capacidad de solidaridad (y no por otros factores, como trabajar en exceso, tener muchos conocimientos, numerosas iniciativas creativas...); por la capacidad de hacerse cargo, de encargar y de encargarse del dolor de los otros, con sus heridas, sus angustias, todo aquello que les pesa... Por tanto, pregúntate por el lugar real que ocupa el sufrimiento ajeno en tu vida.
- Que si dejas que el dolor de los otros te afecte, puede ir abriéndose un espacio dentro de ti donde ir gestando una modesta pero vigorosa convicción: saliendo al paso del dolor de los otros es como nuestra vida se va llevando a plenitud, incluso más allá de lo que personalmente podamos sentir.
- Que no es nada fácil vivir de esta manera porque nuestras inercias nos llevan más a vivir «reclamando nuestros derechos», defendiendo en primer lugar la propia salud, el propio bienestar, etc.
- Que «los dolores de tu vida» también son aquellos que has sufrido debido a tu solidaridad con los más vulnerables, aquellos que has experimentado por no esconder tu vulnerabilidad ante los otros, o aquellos que has vivido por empatía y compasión con los que sufren. En fin, aquellos sufrimientos que no son los que nos llegan cuando nos encerramos en nosotros mismos. Los vives con Jesús y Jesús los vive contigo.
- Que hoy la realidad nos hace ver que le falta algo a la pasión de Jesús y que este «algo» es su sufrimiento actual en el mundo. Quizás esto te ayude a mirar con ternura los rostros de los sufrientes de hoy en los que se hace «anónimamente presente» Aquel que continúa sufriendo en ellos.

Y, al acabar, no te canses de pedir ser iniciado en los misterios del sufrimiento, del silencio de Dios y del amor hasta el límite.

11 de abril

SÁBADO SANTO

UN SILENCIO ENTRE DOS GRITOS

Carles Marcet, sj.

Primer punto

Tradicionalmente, el Sábado Santo es el tiempo litúrgico del gran silencio. Tiempo para acompañar y velar calladamente el cuerpo de Jesús puesto en el sepulcro. Tiempo de interrupción entre dos grandes gritos: uno que ya se ha producido («Padre, ¿por qué me has abandonado?») y otro que aún esperamos («¡Hemos visto al Señor!»).

Pero esto no es solamente un tiempo litúrgico; muchas veces se convierte también en un «tiempo existencial» que a menudo le toca vivir al seguidor del Señor Jesús y del que no conviene pasar de largo. Quizás este tiempo en que vivimos bloqueados, asustados y desorientados en medio de una pandemia mundial de coronavirus tenga alguna analogía con esta existencia cristiana que vive «silenciosamente expectante entre dos gritos».

Por esta razón, para rezar hoy te invitamos a que te ubiques en esta tesitura del Sábado Santo, acompañando a María Magdalena y a aquellas otras mujeres que van al sepulcro a velar calladamente el cuerpo de Jesús, y a que permanezcas un rato allí con ellas. Intenta poner todos tus sentidos en juego en esta escena y a hacerte presente en el lugar.

Del mismo modo que debieron hacerlo esas buenas mujeres, puedes «recordar afectivamente» con ellas a aquel hombre que «pasó por el mundo haciendo el bien», «que hablaba y actuaba con autoridad», «que acogía y sanaba a todo el mundo sin importarle mucho a quién ni cuándo», «al que un día te encontraste y que te sanó a ti», «te perdonó y te amó» y «te invitó a ir con Él». Así, poco a poco, fue convirtiéndose en la razón de ser de tu vocación, de tu vida...

- Recuerda «afectivamente» escenas tuyas, de tu historia con Jesús, o –mejor dicho– de la historia de Jesús en ti: el primer conocimiento en la infancia, las personas que te ayudaron a conocerlo y a amarlo, la llamada al seguimiento, tu vocación específica, el itinerario que has seguido desde entonces, los momentos intensos y clave de tu seguimiento, las dificultades y las alegrías, la presencia acompañándote en tus tareas y misiones.
- Recuerda cómo te pidió confianza y tú se la fuiste dando. Cómo te pidió desprendimiento y tú te fuiste abandonando. Cómo te pidió entrar en tu corazón y tú le acabaste dejando espacio.
- Y todo esto «ante el sepulcro»: aunque te parezca un simple recordatorio, no deja de ser un momento necesario en el itinerario del crecimiento de la fe. En él, a veces pasa por recibir una «nueva revelación del Dios siempre más grande», hace falta un tiempo de interrupción, de silencio, incluso de ruptura, para que el Espíritu del Señor emane de nuestro interior con más fuerza y nos empuje a seguir la peregrinación con valentía: Es el tiempo de la poda o de la espera esperanzada después de la siembra

Después de haber estado con las mujeres en ese espacio orante y silencioso, mientras caminas de regreso a casa puedes indagar cuáles han sido los pensamientos y los movimientos afectivos interiores que más huella han dejado en ti en ese rato ante la tumba de Jesús. También, sin forzar, y si buenamente te ayuda, puedes dejar que alguna de estas preguntas o intuiciones ocupen tu mente y tu corazón:

- ¿Puede ser cierto que una libertad insospechada aparece cuando alguien acata amorosamente las realidades –a veces duras– que aparecen en el camino de la vida?

- ¿Puede ser cierto que hay una «vida verdadera y en crecimiento» también allá donde nos vamos entregando y consumiendo de forma callada y secreta, sin ningún éxito ni fulgor aparente?
- ¿Puede ser cierto que, en la máxima desnudez, a veces puede producirse también la máxima transparencia?
- ¿Puede ser cierto que estamos más cerca de la plenitud de nuestra vocación humana y cristiana cuando nos entregamos y nos dejamos desnudar, solidarios con el Misterio de la Cruz de Jesús?
- ¿Puede ser cierto que compartiendo la suerte de los crucificados, a veces nos podemos descubrir habitados por una «alegría, diferente de la que da el mundo, pero muy real»?

Segundo punto

Si dispones de otro rato de oración durante el día, te propondría que hicieses algo parecido a lo que has hecho con las mujeres, pero esta vez acercándote a otra persona: a Nicodemo. Quién sabe si aquel fariseo cercano a Jesús estaba en el sepulcro con José de Arimatea y le ayudaba a bajar el cuerpo de Jesús de la cruz...

Nicodemo, atraído por Jesús, se había acercado de noche para indagar algo más sobre él, para conocerlo más de cerca y mejor. La escena la encontrarás relatada en Jn 3,1-21. Puedes acompañar a Nicodemo a casa de Jesús. Cuando haya transcurrido un rato vuelves con él al pie de la cruz y le ayudas a bajar el cuerpo de Jesús. Posiblemente, Nicodemo recuerde ahora y encuentre nuevos ecos y nuevos significados a las palabras que Jesús le dijo entonces y que en su momento no acabó de entender.

- «Debes nacer de nuevo; del agua y del espíritu»: con el cuerpo de Jesús en tus brazos, ¿qué te sugiere esto hoy?; en la situación que estás viviendo, ¿por qué intuyes un nuevo nacimiento?
- «El Hijo del hombre ha de ser levantado para que todo el mundo que crea en Él tenga vida eterna»: con el cuerpo de Jesús en tus brazos, ¿qué te sugiere esto hoy?; ¿por dónde puede empezar a ser levantada la vida hoy caída?
- «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo para que todo el que crea no muera». Con el cuerpo de Jesús en tus brazos, ¿qué te sugiere esto hoy?; ¿puede ser que haya una manera de amar y de entregarse que no llevan a la muerte, sino a la plenitud?

- «No he sido enviado a condenar, sino a salvar»: con el cuerpo de Jesús en tus brazos, ¿qué te sugiere esto hoy?; ¿de qué te puede salvar esta vida así entregada?

Al finalizar esta oración con Jesús y con Nicodemo, quizás te ayude releer aquello que tantas veces repetimos al rezar el credo: «Fue crucificado, muerto y sepultado». Corremos el peligro de olvidarnos con facilidad de que la tumba fue el lugar donde se produjo el final de la vida de Jesús. Lo rezamos en el credo, pero enseguida pasamos al «resucitó de entre los muertos», como si no halláramos ante el final feliz de una película estadounidense.

Pero, si no ignoramos esta realidad, en el sepulcro puede producirse una desgarradora –pero quien sabe si también sanadora– tensión entre lo que uno ve y lo que uno espera. Uno ve la confirmación de un hombre que ya no tiene ni presente ni futuro. También espera una palabra definitiva de vida. Para que esto suceda, hay que morir realmente del todo, porque la vida nueva no sería «nueva» si no llegase con la desaparición total de la vieja vida.

Puedes acabar considerando cuán cierto es que «la muerte ronda nuestras vidas» (en estos días excepcionales de confinamiento y de dolor solidario, nos hemos hecho más conscientes de esto). Pero considera cuán cierto es también que «la vida ronda nuestras muertes»: cuando no ignoramos o escondemos la muerte, sino que nos mantenemos de pie ante ella, puede despertarse mucha vida verdadera en nosotros (y esto, posiblemente, también hemos podido experimentarlo estos días).

- Y al final pregúntate: ¿tengo que morir de alguna forma en este sepulcro?

Tercer punto

Si hoy cuentas con otro rato de oración, quizás te ayudaría practicar una especie de repetición ignaciana. Te la propongo al hilo del siguiente fragmento escrito por el compañero jesuita Benjamín González Buelta:

«Atravesamos a lo largo de la vida situaciones de muerte donde, después de haber luchado hasta el final se nos acaban las fuerzas y las razones, y tenemos que esperar en el sepulcro tres días hasta que se estructure toda nuestra persona en torno a una nueva sabiduría que aparece dentro de nosotros como una sorpresa regalada» (*Orar en un mundo roto*, p. 54).

Creo que una lectura meditativa podría ayudarte, intentando saborear cada una de las palabras del texto, parándote en cada una de ellas mientras encuentras su «sabor».

- «Atravesamos situaciones de muerte». Las situaciones de muerte son aquellos paisajes áridos y esteparios que aparecen a lo largo de nuestra vida y que con frecuencia suceden en los momentos más insospechados e inesperados, y que nos parecen de lo más inoportuno. No podemos desterrarlos de nuestra vida luchando contra ellos, pero tampoco son la «meta de llegada», «lo definitivo»: son situaciones que simplemente debemos atravesar.
- «Tenemos que esperar tres días ante el sepulcro». «Tres días» es un número simbólico. Significa 'el tiempo que haga falta'. El tránsito de lo viejo a lo nuevo pide su tiempo. Para que se produzca un nacimiento de lo que realmente es nuevo, hay que dar tiempo a que lo viejo muera. Mientras las viejas posibilidades que fueron o que pudieron ser y ya no son continúen escondidas y latentes en nuestro corazón, actuarán como un cáncer que nos va corroyendo sin dejar paso al nuevo nacimiento.
- «Para que se estructure una nueva sabiduría». Estamos ante el sepulcro, ante lo que es viejo, pero estamos y vislumbramos una «nueva estructuración» y lo mismo esperamos ahora en medio de esta pandemia que nos produce dolor y nos destroza: esperamos que de su agujijón, aparentemente mortal, broten nuevas maneras de vivir y de encarar la vida, tanto personales como colectivas. La nueva realidad nace de la muerte de la vieja, no del resurgimiento de sus mejores fragmentos. Y se presenta precisamente cuando lo viejo se reconoce como tal. Entonces, lo que se presenta es una «sabiduría nueva», no una «vieja necesidad renovada o camuflada». Se presenta un «nuevo sentido», una «nueva vertebración», una nueva manera de ver, de vibrar, de sentir, de proceder...
- «Que aparece dentro como sorpresa regalada». Morir a lo que es viejo para abrir espacio a lo nuevo es algo que no está exclusivamente en nuestras manos, como si fuese algo que nosotros pudiésemos forjar a golpes de voluntad, o de ilusión, o de inteligencia, o... Lo que sí podemos hacer es disponernos –con ánimo y generosidad, atendiendo a la voz silenciosa que resuena en nuestro interior– a acoger dicha novedad que fundamentalmente es un don, un regalo imprevisto que a veces sucede incluso allá donde menos lo esperábamos, o en aquella circunstancia donde menos esperanzados vivíamos.

Entonces, cuando estamos en disposición de acoger esta sabiduría –incontrolable pero imparable, que viene de más allá de nosotros–, quizás nuestro vivir se verá conmovido y nuestras existencias –con frecuencia tan acomodadas–

desinstaladas. ¡Bendita conmoción y bendito despojo! Seguro que nos llevarán a implicarnos en la historia de siempre, de una forma nueva: más creyente, más amante y más esperanzada.

Para acabar, algunos de estos textos bíblicos podrían acompañar tu meditación:

- Is 65,17-25: «Pues he aquí que yo creo cielos nuevos y tierra nueva, y no serán mentados los primeros ni vendrán a la memoria».
- 2Cor 5,17-18: «El que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo».
- Mt 9,16-17: «El vino nuevo se echa en pellejos nuevos, y así ambos se conservan».
- Ap 21,1-5: «Mira que hago un mundo nuevo».

DOMINGO DE PASCUA

CRISTO RESUCITANDO

Xavier Melloni, sj.

1. Antes de la mañana del domingo

A pesar de que las mujeres acudieron muy temprano al sepulcro, la resurrección de Cristo las precedió. Dios nos antecede siempre, pero no lo sabemos. Nos preocupamos y nos anticipamos a lo que no podemos adelantar porque es imprevisible. El tiempo de Dios no es nuestro tiempo. Nos precede, pero no se anticipa, no llega antes de hora.

Por esta razón, entre el viernes y el domingo sucede la larga transición del sábado, que no es un día cronológico, sino un tiempo del alma; un tiempo necesario para vivir el duelo y dejar que se complete un ciclo antes de que empiece otro. Lo que irrumpe es algo inédito: no la repetición un poco modificada del pasado, no la reedición de lo que ya sabemos.

- Intento identificar las anticipaciones que aumentan mi ansiedad, para dejar paso a la confianza en la iniciativa de Dios que me precederá, muy probablemente no como espero.

2. La tumba vacía

Los evangelios sitúan el anuncio de la resurrección en el mismo lugar donde habían depositado el cuerpo de Jesús. En el mismo lugar donde han dejado la muerte, es donde irrumpen la Vida. El lugar que estaba saturado de angustia, de tristeza, de ausencia, ahora está vacío. La piedra que lo impedía y que parecía imposible de mover ha rodado.

- Identifiquemos y miremos la(s) piedra(s) que cierra(n) la entrada de la cueva del corazón. Dejemos que ruede(n), dejémosla(s) ir para que la presencia de Jesús resucitado pueda irrumpir.

La tumba deviene matriz. La simiente ha muerto y ahora germina, pero la forma de la espiga no es la misma que la de la simiente. Esto significa que toda tumba tiene vocación de matriz, que aquello que muere es, al mismo tiempo, aquello que nace. Que el sepulcro sea tumba o matriz depende de cómo nos dispongamos. Esto es particularmente aplicable en el momento colectivo en que nos encontramos.

El anuncio de la Nueva Vida se nos da en cada momento. Lo que pasó con Jesús pasa en todos, en todo, en todo momento. Es la revelación de lo que está oculto a nuestros ojos. También lo que ahora estamos viviendo con la pandemia tiene vocación de resurrección, a pesar de que —en el proceso de la pandemia— aún estamos en el Viernes Santo. No podemos avanzar a lo que aún no hemos vivido, pero sí disponernos al proceso de transformación que está produciéndose simultáneamente, aunque no podamos percibirlo.

- Entramos en la cueva del corazón no como en un sepulcro sino como en una matriz. Miramos cómo germina la semilla de aquello que pensábamos que estaba muerto. Solamente nos miramos. En silencio.

3. El reconocimiento de la manifestación de Cristo no es inmediato

Pero ¿en qué consiste la resurrección de Jesús que anuncia nuestra propia resurrección? La palabra resurrección es equívoca porque es la misma palabra que se utiliza en la resurrección de Lázaro. Lázaro vuelve a la propia vida, mientras que Jesús irrumpe desde una nueva dimensión de la Vida. Algunos teólogos consideran que quizás sería más adecuado hablar de surrección en vez de resurrección, para dejar claro que no es una repetición de algún estado conocido, sino la irrupción de Algo inédito.

Por esta razón, nadie reconoce a Jesús, de entrada, en ninguna de las apariciones pascuales. Lo confunden con otro: María con un hortelano (Jn 20); los discípulos de Emaús, con un forastero (Lc 23); cuando van a pescar, con un extraño que les habla desde la orilla (Jn 21), etc.

Pero, al final, todos acaban reconociéndolo por la joya, el sentido y la abundancia que deja en ellos la irrupción de su Presencia, que no es física, sino de otro orden:

- Intento reconocer «apariciones» del Cristo resucitado en momentos cruciales de mi vida para que me ofrezcan luz en esta situación actual y en cómo se ha hecho presente en estos últimos días. Me detengo en ellas para recibir toda la gracia que emana de ellas y me dispongo para que sigan manifestándose.

4. No es solo el Cristo resucitado, sino el Cristo resucitando

La resurrección no es un «final feliz» tras la pesadilla de la Pasión, sino un *Inicio* que apenas avistamos, como nos pasa ahora. Con el *Sabbat* acaba el ciclo de la antigua creación para empezar una nueva. *Domingo* proviene de *Dominus*, 'Señor', «Día consagrado al Señor» para recibir la fuerza regeneradora que emana de su resurrección. También nuestro mundo está a punto de empezar un nuevo ciclo y tendremos que estar atentos para percibir cómo se manifiesta.

Por ello, más que hablar del Cristo *resucitado* (en participio pasado), deberíamos hablar del Cristo *resucitando* (en gerundio presente), porque está actuando en todo momento. De este modo, lo que experimentamos como la muerte del mundo que conocíamos, puede devenir la ocasión de un cambio cualitativo en todo el planeta.

Que los cincuenta días de tiempo Pascual que tenemos por delante nos sirvan para profundizar en la fuerza expansiva de la resurrección del Cristo que, silenciosa y escondida, está trabajando en medio de esta prueba colectiva.

- Dispongámonos estos días a sentir cómo la Vida resurge, de modo que, cuando reemprendamos la vida ordinaria después de la pandemia, también nosotros resurjamos con una disposición y calidad diferentes.

SEMANA SANTA 2020

IG: @serjesuita

YT: JesuitasESP

www.semanasantaencasa.es

